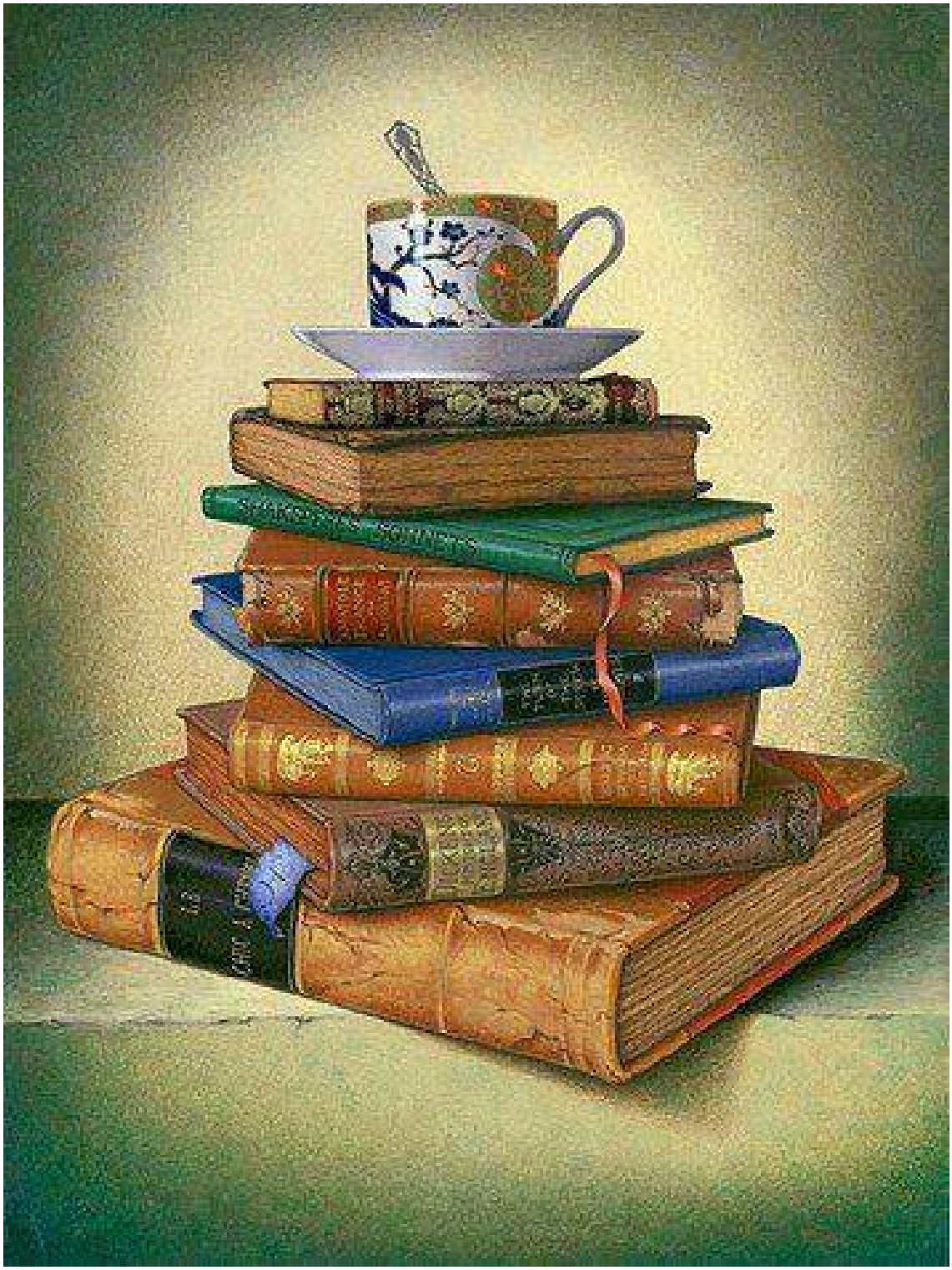
La azotea de mis pensamientos

Pilar Reyes



Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4He subido a la azotea de mis pensamientos y me he sentado al borde de los recuerdos.

El tiempo ha pasado y los momentos vividos se agolpan en la mirada que observa el cielo estrellado.

Esta noche sin luna transcurre dolorosamente lenta y la lluvia cae y el viento arrecia.

Te has sentado al borde de los recuerdos conmigo, has puesto tu mano sobre la mía y me has obligado a girar la cabeza y dejar de mirar el firmamento.

“¿Qué te pasa?” me has preguntado.

“Pienso en lo que no debo” te he contestado.

Has visto mis ojos relatarte mi interior, sumirte en mis recuerdos y la noche ha pasado por encima de nosotras dejándonos en vela y el amanecer ha llegado robándonos el sueño.

Nos hemos levantado del borde de los recuerdos, hemos bajado juntos de la azotea de mis pensamientos.

Nos hemos mirado a los ojos, me has visto, te he visto.

¿Me acompañas por el camino?, yo voy junto a ti por el tuyo.

Capítulo 5El sol de medianoche atraviesa mi ventana con luz tenue, sigilosa, casi apagada para rozar con la punta de sus dedos tu rostro sereno, callado, que duerme. Mis pupilas se adecúan a los juegos de luces y sombras que sortean, traviesos, los caminos sinuosos de tu piel que me invitan a seguirlos.

Tu cuerpo se abandona entre el laberinto de sábanas y almohadas, respira confiado la leve brisa que se cuela por la ventana y baila insinuante con las ondas de la cortina. Mis manos tropiezan con tu pelo alborotado mientras mis dedos acarician tu frente perlada de tibio sudor.

Esbozas una sonrisa, en tus sueños, iluminando la estancia y mi corazón se agita al sentirse descubierto en su osadía, pero tu mente está atrapada en los mundos de Morfeo y mi tiempo amarrado al pequeño espacio de nuestro lecho. El mundo se detiene un momento, mis labios roban la sonrisa de tu boca, te remueves y un haz de penumbra, poblada de infinitos mundos diminutos, nos envuelve descubriéndonos.

Observo la belleza de tus ojos inmensos que se abren, perezosos, para regalarme su brillo de un marrón intenso, tus párpados se resisten al poder del sueño y tu rostro se abre para ofrecerme un beso cargado de sabores añejos, de dulces ensueños y traviesos retos.

Una suave melodía envuelve, de nuevo, nuestros cuerpos. Tus manos vuelan mis vientos, las mías navegan sin miedo. La música del silencio se cuelga de nuestros pechos y la vida avanza, a su rumbo, en el exterior de nuestro escondite secreto.

La luna del mediodía nos contempla sonriendo y

acompañada de las estrellas vela mi sueño mientras tú observas la callada lluvia que moja el suelo y acaricias mi cara y peinas mi pelo.

Capítulo 6Es imposible saber los acontecimientos, las vivencias, las peripecias que te depara el sinuoso camino de la existencia. El punto de partida se sitúa en una variante espacio-tiempo caprichosa, desconocida, inesperada a pesar de ser esperada, con ilusión por tus progenitores. Después comienza el viaje, en un principio guiado, cuidado, supervisado por el amor y el cariño de tus mayores. Más tarde las ansias de volar, el ímpetu de la individualidad y la vanidad de creernos autosuficientes nos hace soltar amarras y empezar a correr sin tino por un camino repleto de encrucijadas, vericuetos y trampas escondidas.

El trayecto se va haciendo tortuoso, en ocasiones llano, suave, cómodo, otras veces empinado, escarpado, otras tantas, pedregoso, incómodo, hostil. Con su andadura vamos dejando de correr y caminamos cada vez más lento y pausado, comenzamos a sopesar cada piedra y cada rincón, cada brizna de hierba y cada sombra que pueda cobijarnos del intrincado laberinto que nos rodea.

Conocer la mejor forma de adentrarnos por los senderos de la vida es una aventura maravillosa, un juego extraordinario, una ardua pero increíble tarea que nos abre la mente, nos moldea el cuerpo, nos esculpe el alma. Yo no conozco el secreto de la vida, no conozco la solución de la incógnita de la vida pero conozco el medio, sé del mejor aliado para transitar por ella, el amor de un ser maravilloso, una persona especial que un día mientras estabas parado mirando al horizonte, con la frente perlada por el sudor, la respiración agitada por el esfuerzo y las fuerzas agotadas se acercó a ti y sin mediar palabra te ofreció su agua, te cedió su mano para apoyarte y se sentó a tu lado a mirar el horizonte. Desde ese momento no

importa lo grande e inmenso que sea el laberinto, no importa lo estrecho y oscuro que se haga el camino, la vida es maravillosa porque tú estás conmigo.

Capítulo 7¿Cómo explicarte, mi niño, lo que yo, a veces, tampoco entiendo? ¿Cómo contarte, pequeño, que no somos más que polvo del universo?

Con ojos tristes y llorosos me interrogas por la duda, sin respuesta, de todos los tiempos y yo me arriesgo en contestarte, trato de hilvanar una fábula que desmonte todos los falsos cuentos de tantos siglos viejos.

No podemos vivir todos los tiempos al modo de Titono, el amado de la Aurora, que se fue haciendo cada vez más anciano y más pequeño hasta perderse en la infinitud de lo mínimo. No tenemos una existencia eterna, ni una eterna juventud. Empezamos en un punto de salida, en la cuerda de nuestra vida, y llegamos al límite del otro extremo inexorablemente.

¿Cómo te explico, mi cielo, que somos finitos, insignificantes y ciegos, pero, a pesar de todo, especiales, maravillosos y eternos? Este cuerpo, mi niño, tu cuerpo es una preciosa caja llena de valiosos objetos. Todos somos cajas herméticas albergando en nuestro interior el más inefable de los misterios y el más ignoto secreto.

¿Cómo te cuento, mi precioso amor, que venimos de un universo que nos reclama y donde debemos volver? Somos polvo de estrellas y a ellas siempre volvemos. Somos luz en el firmamento oscuro e inmenso.

Todos los seres queridos, mi vida, que se han marchado no están lejos, no te han abandonado, sólo debes mirar al cielo en la noche y mirar las estrellas brillar, sólo debes alargar tu mano y notar la suavidad de la energía flotar. Todos los que ya se han ido y todos los que vendrán velan por nuestros sueños allá arriba

vigilándonos, aquí abajo cuidándonos.

Las estrellas y los ángeles guían tu camino, mi hijo pequeño no estés triste.

Capítulo 8Los hombres saben cosas, muchas y muy diversas, y lo hacen por necesidad, lo hacen por supervivencia. Saben cosas por la necesidad de continuar con vida, por mantener una estrategia que les permita saber en qué cosas deben pensar en cada momento para hacer frente a las dificultades que aparecen a lo largo de su existencia.

Los hombres necesitan, en fin, saber qué hacer para evitar las penurias y los problemas que pueden llevarlos a su fin irremediable, la muerte.

Ortega y Gasset dijo que al hombre le dolía su ignorancia y Aristóteles le puso nombre a los distintos saberes, así que debe ser cierto que el ser humano comienza a serlo en ese mismo instante en que aparece el impulso de saber, y en ese impulso de conocer nos hacemos conscientes de nuestra existencia. Pero no nos equivoquemos, no hay una fuente del saber de la que nos alimentamos y bebemos, sino que hay una inquietud, una necesidad inherente a nuestra misma condición de hombre, de ser humano, de persona.

Ese empuje originario que nos lanza contra el mundo, nos obliga a saberlo para evitar nuestra extinción, nos provoca a realizar una actividad, nos lleva a desnudar la realidad que nos rodea para que ésta se manifieste ante nosotros en su totalidad y podamos llegar, así, a contemplar en su máximo esplendor la belleza de vivir.

La vida siempre es bella, sólo debemos saber y, en consecuencia, saber vivir.

Capítulo 9Voy a contaros la historia de Juan Fernández, españolito de origen humilde, nacido en plena postguerra. Juan -paradigma del niño de pantalón corto de tergal, calcetines encogidos en los tobillos y zapatos gastados mal atados- bien podría llamarse José López, Manolo González o Ángel Pérez- como cualquiera de los vecinos con los que jugaba en la calle, pero era él el personajillo que en sus largas tardes del crudo invierno castellano miraba viejos libros comprados, a peso, por su padre para que leyese y ampliase sus horizontes. Era él -Juanito- el que fantaseaba en convertirse en el señor Juan, vestir con trajes perfectamente planchados, camisa blanca almidonada con gemelos dorados y zapatos negros de brillante charol.

Juan se convirtió pronto en un joven que presumía de ser el príncipe entre sus iguales, que se creía grande ante la ignorancia de los suyos sin ser consciente, para su desgracia, del esfuerzo que éstos habían realizado para ofrecerle a él todo lo que ellos no pudieron tener.

Nuestro personaje, nuestro Juan -don-juan entre don-juanes- quedó prendado de una joven sencilla, guapa y serena que le vendió sus años de plenitud y lozanía dándole hijos, ofreciéndole cachorros a los que él ponía nombres de héroes y heroínas de cuentos e historias de otros tiempos que había leído en aquella niñez y juventud. Pero la primavera se marchitó en los ojos de su bella esposa, pisoteadas sus flores por niños y niñas hasta contar nueve, tronchados sus brotes por otras mujeres que ocupaban su lugar en los brazos y el lecho de Juan y silenciados sus cantos por la continua lucha contra la rutina y la cotidianeidad del día a día.

El viento frío del otoño llamó a la puerta de un Juan ya maduro que apostó su fortuna a la ruleta de la

indiferencia, el desarraigo y la descalificación, Sus vástagos, ya hombres y mujeres, se habían convertido en héroes de cartón-piedra y heroínas perdidas sin príncipe azul que no encontraban sus caminos. Su esposa, una mujer derrotada con nostalgia en la mirada, una mujer que gritaba en silencio ser liberada por el centauro de fuego que habitaba en las estancias del sueño.

Nuestro Juan, dueño de nada, con hambre de mundo y desdén bajo sus cejas, piensa hoy día, tras su larga lista de errores y fracasos, que, a pesar de todo, tuvo el tiempo de ser el señor Juan, -¡pobre necio!- sin saber que con sólo una flor, una caricia y un beso a aquella joven que le amó y le admiró, hubiese tenido el mundo en sus manos, alegría en los ojos y su ansiado título de “señor”.

Capítulo 10En este banco del parque, a la sombra de un roble, dejo la vista perderse ante lo que me rodea. En este banco sentada no dejo de pensar en ti, en la persona amada y distante en el espacio.

Frente a mi una pareja, cansados de caminar, ¡creo!, se sientan. No se miran, no se hablan, no se tocan. Los observo curiosa, junto a él se tumba un precioso perro, obediente a su voz y le lame la mano que lo acaricia y después abre el periódico y lee.

Ella pendiente del pequeño que sentado en su carro balbucea sonidos, se acomoda en el banco, cruza sus piernas y deja perder su mirada.

Desde mi banco privilegiado pienso en ti, en mi banco privilegiado te hablo, te veo, te siento, te toco en mi recuerdo y sonrío al perderme en tu sonrisa. Ellos están juntos en el espacio, en el mismo lugar, pero están separados, solos. Nosotros estamos alejados en el espacio pero juntos, unidos, siempre acompañados.

La distancia no la hace el espacio ni el tiempo. La distancia la hace el olvido, el no recordar porqué nos amamos una vez, porqué quisimos dejar de ser dos.

Capítulo 11He nacido del vientre de una mujer, como tú

He llorado al ver la luz y respirar por primera vez, como tú

Me he refugiado en el pecho materno, como tú

Me he reconfortado con su voz, como tú.

Respiro y me alimento, río y lloro, sufro y miento, como tú

Estoy hecha de piel y de sangre, las heridas cicatrizan y vierten esa sangre, como tú

Elijo mis caminos, no elijo los errores pero los cometo, como tú

Me pierdo en las encrucijadas y temo, tengo miedo, como tú

Estoy aquí delante, con mis virtudes y mis defectos, con mis aciertos y desaciertos, con mis gustos y mis vicios, como tú

¡Mírame! Sólo soy una mujer, una persona, como tú

Con mis deseos y mis anhelos

Con mis sentimientos y pensamientos

Con mi alma abierta y mi corazón expuesto.

Capítulo 12Hablar de la levedad del ser sin parecer una persona vanidosa y engreída, pagada de si misma o quedar como alguien que está repitiendo el título de una novela es algo, poco menos, que imposible. ¡Pero no es cierto! podemos hablar de la levedad del ser, es más, sentimos en nosotros mismos esa levedad.

Nos pasamos el tiempo de nuestra existencia en este mundo pensando que estamos aquí por una razón, que todo tiene un sentido y un porqué, vivimos con la ilusión de ser únicos y estar participando en el devenir de la historia sin darnos cuenta de que no somos más que repeticiones de lo mismo una y otra vez. Nos creemos seres inteligentes, movidos por la razón y el sentido común y, en realidad, no somos más que criaturas asustadas en un mundo que nos queda grande y nos supera.

Nuestra conciencia de ser nos agobia y nos asfixia, ignoramos qué hacer con nosotros mismos y vivimos inmersos en la angustia de nuestra propia existencia. Cada uno de nosotros se inventa un mecanismo de defensa para olvidar esa “espada de Damocles” que vive adherida a nuestra piel y nos creemos a salvo en nuestra burbuja imaginaria pero el mundo está fuera, rodeándonos, absorbiéndonos, retándonos. Y en los momentos de debilidad, la vida, la historia, el mundo –llamémoslo como queramos-todo aquello externo a nuestro propio yo nos gana el pulso y sucumbimos viéndonos reflejados y sintiendo la nada apoderarse de nuestro ser.

Ese saberse débil, ese sentirse nada es la energía que alimenta nuestro motor para ponernos en movimiento, para luchar contra nuestra propia accidentalidad y elevarnos sobre el mundo hacia la genialidad, hacia lo

único, hacia la voluntad y el deseo de ser yo como algo excepcional. Esa voluntad que nace de nuestra indefensión nos proporciona la fuerza para saltar al vacío y elevarnos por encima de la cotidianeidad, para desear ser un yo individual que, sabiéndose en inferioridad, no sucumbe a la vorágine de la realidad de un mundo en continua repetición y movimiento hacia ningún lugar.

Hablar de la levedad del ser es hablar de nosotros mismos. Es reconocernos y aprender a vivir por nosotros mismos.

Capítulo 13En el principio del comienzo está el tiempo de nacer, tiempo de indefensión, de supervivencia, de absoluta dependencia del pecho materno, tu vida es su vida, tu universo infinito es la madre, tu ser supremo y creador.

Corren raudas las agujas en el reloj y las hojas en el calendario y llega, sin avisar, el tiempo de crecer, tiempo de comenzar a caminar sin asidero, alejándote un poco de la mano protectora de tu madre, tu ser supremo y amado.

Avanza en su camino el tiempo y los años pasan, es momento de aprender, es el tiempo del saber, del conocer, de desarrollar todo el potencial, de desplegar tu ser y alimentar cuerpo y mente. Tu ser se hace independiente y el espacio cada vez es más grande entre tú y el ser que te trajo a este mundo, que te ama y que sufre por ti pero al que tú ya sólo vas cuando sientes alguna necesidad.

Sigue el tránsito de la vida y llega el tiempo del vuelo, de la independencia total, el tiempo de la infancia quedó atrás, el tiempo de la adolescencia acabó, es el momento de demostrar tus aptitudes, desarrollar tu personalidad y tu carácter, volar alto y sólo. El espacio entre tu ser y el de aquel ser que te ama por encima de todas las cosas y te defiende hasta lo indefendible y te perdona lo imperdonable se ha convertido en un abismo.

La vida es una carrera de fondo que da golpes certeros, que te envía duras pruebas, que interpone obstáculos y no te da tregua, vives el tiempo de la lucha, del ser adulto que siempre quisiste ser y ahora añoras al niño que fuiste una vez y recuerdas, en tus horas de soledad

en la noche cuando los problemas no te dejan de acosar, a aquel ser que todo lo solucionaba, que todo lo hacía por ti, aquel ser que no dormía por ti, que no comía por ti, que reía para ti y lloraba por ti. El espacio entre tu madre y tú ¿por qué es?

Cada tiempo tiene su tiempo y una vez vivido no vuelve, no hay vuelta atrás ni manera de revivirlo. Cada momento es el tiempo de hacer y ser lo que entonces corresponde, pero porque nos empeñamos en usarlo mal, en pretender ser más rápidos que él, en anteponer espacio y ambiciones entre lo más importante que el tiempo nos da, a nuestros semejantes. Tal vez ahora sea el tiempo de coger de la mano a tu ser supremo, a tu ser creador, a tu ser amado, aunque hubo un tiempo en el que se te olvidó, y salir con ella a pasear por el parque, a contemplar con ella la vida pasar a vuestro lado, a besarle el rostro, las manos. Es tiempo de pedirle disculpas, de explicarle tu vida, tus amores, tus miedos y tus alegrías y descubrirás como para ella ese espacio nunca existió y tú eres su niño amado por el que nunca pasa ni pasará ningún tiempo.

No deberíamos nunca perder el tiempo en las cosas banales y frugales con las que nos engaña la vida. El único tiempo importante siempre es el tiempo de amar

Capítulo 14Miras la pared y recuerdas…

pero no ves nada,

fijas tus ojos en una mancha…

y se desvanece.

Miras la pared, no ves nada

pero recuerdas…

recuerdas

imágenes diluyéndose en el tiempo

sin límites,

se desvanecen

desapareciendo despacio.

En el punto más lejano

del infinito muro

sin fin,

en la zona más oscura

de la insondable mente,

tus ojos miran sin ver.

Recuerdos

que lejos quedaron ya

Deseos

que nunca se realizarán

Anhelos

que no volverán jamás.

Miras la pared y al fin…

ves…

sombras burlescas,

espectros reflejados

por la juguetona luz.

Miras la pared y al fin…

recuerdas…

pero no ves nada.

El pasado con sus sombras

desaparece

El presente son sus sombras

llega

El futuro con sus sombras

¡quién sabe!

Miras la pared hoy

pero…

no ves nada.

Y mañana mirarás

y tus ojos…

no mirarán nada.

Capítulo 15

MAR…

Rugidos en el acantilado,

Allá… a lo lejos…

Olas…

Golpes al viento de Levante,

Fina arena

Continuo movimiento

Mar…

Lamentos en el acantilado,

Allá… en el vacío…

Ondas…

Torrente de espuma en la gruta,

Dura piedra

Ensenada profunda

Mar…

Un día más como tantas noches

Allá… oscuridad…

Gotas…

Frío sudor, mente agotada

Horizonte

Cercana la muerte

Capítulo 16Los hombres saben cosas, muchas y muy diversas.

Saber cosas no es un lujo sino una necesidad por asegurarse el sobrevivir, son las ganas de proseguir con vida, saber qué pensar de las cosas o conocer cómo hacer frente a las dificultades que nos plantea a diario la vida y la cotidianeidad.

Los hombres saben cosas, tienen hambre de saber, pero de la mano del saber y la razón ha de ir el sentimiento y el corazón. Por eso para asegurarnos la supervivencia se hace necesario también el amor, pero no un amor cualquiera sino el Amor, en mayúsculas, como idea, como paradigma, como prototipo.

Amar no es un simple sentimiento, amar es una condición de vida. Es la intuición de que en todo momento el otro forma parte de ti y tú estás en el otro en comunión, en simbiosis. Amar no debe quedarse en un nosotros como una unión de existencias en un plano espacio-temporal, sino que hemos de traspasar los límites físicos y asumirnos como una unidad dual, como las dos caras de una misma moneda, como una lucha continua de opuestos y, a la vez, la unidad indivisible.

Nos sabemos finitos, nos sabemos perecederos, pero si somos capaces de comprendernos dentro del proceso amante-amado, si logramos proyectarnos más allá de lo meramente empírico, podemos llegar a convertirnos en esencias eternas e inmutables que transforman el amor mundano en un Amor excelso cargado de sabiduría, de conocimiento, de trascendencia.

Los hombres aman cosas, muchas y muy diversas.

Capítulo 17¿Qué es la amistad?- me preguntas y ¿qué puedo responderte yo?...

…”La multitud te rodea, te atosiga, te absorbe, miles de personas andan a tu lado, pero tú estás sola, eres un islote perdido en el océano.

La multitud te roza, te empuja, pero tú avanzas tu mano y no tocas nada, sólo encuentras vacío. Oyes, ves y sientes a la gente, pero nadie te ve a ti, nadie oye tu voz, nadie sabe qué sientes.

Cansada de caminar te sientas en la acera y súbitamente notas que algo, no sabes qué, se ha pegado a tu cuerpo, te levantas rápidamente, miras a tu alrededor pero no hay nada que no hubiera estado allí antes, y tú continuas sintiendo ese peso.

Intentas despegarlo, estiras aquí y allá con fuerza primero, furia después, estiras y estiras notando como se deforma pero no se va, en tu intento por desembarazarte de eso te haces daño tú misma, pero no se va, permanece junto a ti, no se va.

La multitud te rodea, te atosiga, te absorbe, miles de personas andan a tu lado, pero ya no estás sola.”

Eso es la amistad, estoy aquí y te miro, te siento y te doy lo mejor de mí, mi amor.

No te hablo ¿para qué?, no te pido ¿para qué?, si tú ya sabes que no estás sola.

¿Qué es la amistad? –me preguntas,…la amistad somos tú y yo, nada más.

Capítulo 18Navego por las corrientes de tu cuerpo surcando los caminos prohibidos de tu piel, navego, con el viento a favor, comiéndome a bocanadas el sabor de tus vientos huracanados, tus vientos cálidos, tus brisas ligeras y tus remolinos escondidos. Navego, ligera de equipaje, viajando con las velas plegadas, al ritmo cadencioso de los remos, mientras mi barco avanza con la proa erguida y la quilla cada vez más sumergida por todos los rincones de tu cuerpo.

Navego y mi barco pone rumbo a tu sur, navego buscando el lugar donde varar mi cuerpo, abandonarme a los sentidos y perderme en tus aguas cristalinas. Navego hacia ese rincón donde, desde tiempo inmemorial, los hombres han buscado su magnánima abundancia, su benevolente riqueza, su materna fecundidad. Navego observando el horizonte luminoso de tus ojos brillantes y sonrientes que me alientan, en silencio, a conquistar la playa de tu delta.

Al fin mi quilla choca con las arenas del delta cálido y húmedo de tu cuerpo y embriagada por sus aromas de tierra mojada y flores silvestres sucumbo ante su aliento marino y me adentro más allá de sus orillas. Tu delta palpita, silencioso, creciendo lentamente al compás del flujo de la corriente incesante que lo nutre y lo riega. Yo, como un aventurero intrépido, me adentro en tu vasto territorio intentando descubrir el misterio que se esconde en lo más profundo e íntimo de tu ser. El paisaje varía, a cada paso que doy, modificado por el eco de las olas de tu ignoto mar interior que me susurra dulcemente, que me arrulla y me envuelve con su sutil vaivén.

Y cuando el sol llega a su cenit cubriendo mi cuerpo de una fina capa de humedad, tumbada en el refugio de mi conquistado territorio, hundida mi proa en tus arenas, aparece, sin previo aviso, una borrasca cegadora que brama cubriendo todos tus territorios,

desde las más altas de tus curvadas montañas hasta los más sinuosos de tus valles, y sus aguas se derraman generosas desembocando copiosas y, ya amansadas, en tu majestuoso delta donde yo he clavado bandera y he enarbolado estandartes para anunciar a los cuatro puntos cardinales la propiedad de lo in-apropiable.

Capítulo 19Intento descubrir, desde la inmensidad de esta pradera forrada de frágiles y rojas flores, donde anida el amor que volando se ha posado en mi hombro, me ha tocado con su suave aleteo y ha retomado de nuevo el vuelo alejándose en el azul intenso y cegador del cielo.

Intento descubrir, desde la planicie rocosa de esta escarpada montaña, donde planea el amor que, inesperado, se ha lanzado sobre mi corazón, en picado y me ha arrebatado la serenidad y me ha desbordado.

Intento descubrir, desde la azotea de mis pensamientos, donde descansa el amor que me has enviado repleto de besos, de deseos, de anhelos, de palabras, de gestos, de miradas y me ha llenado el alma de vida y ha calmado mi mar de tormentas.

Intento descubrir y me percato, de repente, que no tengo nada que descubrir, porque el amor anida en tu cuerpo, el amor planea en tu mirada, el amor descansa en tu corazón.

Ya no intento descubrir nada. Sólo me dejo llevar hasta el punto en el que te encuentras tú para abrazarte, para acariciarte, para besarte, para quererte, para descubrirte.

Capítulo 20

Capítulo 21

Mirando por la ventana. Nubes que pasan y un sol que no se ve escondido entre las montañas. El viento sopla moviendo las hojas de los árboles. Los postes de la luz, inmóviles, estáticos, sobrios, duros y fríos soportan la furia del viento mientras cables eléctricos se agitan en el vacío. Coches que vienen y van, eternos vagabundos a los que intento adivinar el lugar al que se dirigen. A cada lado de la calle, altas farolas, vigilantes de día y de noche, mudas testigos del transcurrir del día en el lugar. Edificios altos, edificios bajos, viejos y nuevos alrededor, apenas a unos metros de distancia un pequeño pájaro se posa en una rama, agotado por el viento, las montañas peladas a lo lejos se alzan al noroeste, el mar, lo vislumbro en el este, de color azul nuclear. Un avión va dejando una blanca estela en el cielo mientras todo va cambiando de color. El viento sopla más fuerte y un coche amarillo pasa por delante.Dentro de la habitación un vaso vacío, una botella a medias de vino y el periódico o lo que queda de él están en el suelo, la papelera rebosante de papeles arrugados, folios escritos esparcidos por el suelo y tirado en la cama mi cuerpo.Esparcida por ahí está toda la ropa, las sábanas hechas un lío, la almohada está en una silla y la manta se perdió anoche, hay una cuchara debajo de la cama y el reloj no marca la hora. Hemos cerrado la ventana. Libros y libretas por doquier, bolígrafos y rotuladores esparcidos por la mesa y duermo, duermo soñando. Sueño y realidad se me mezclan. El tiempo no corre, no anda, no pasa, sumergido en las brumas de mi sueño. Luz, claridad, paseo por el universo, la tierra y el mar bajo mis manos, puedo tocar el sol y a las estrellas llegar. Pero despierto y me giro y lo que encuentro es tu cuerpo desnudo, caliente, dormido que reclama la compañía del mío y me abrazo a ti, me abrazo a ti, no quiero soltarte jamás.